



Palabras del P. Cipriano Sánchez García, L.C., Rector de la Universidad Anáhuac México, en el Retiro de Cuaresma

29 de marzo del 2017

Universidad Anáhuac México Campus Sur

El tiempo de Cuaresma es un tiempo que, con mucha frecuencia, se nos puede hacer rutinario, pero es el tiempo en el cual todos nosotros ya nos acostumbramos. Ya llegó la Cuaresma, ya nos pusimos la ceniza, ya comemos pescado, ya hacemos este o aquel sacrificio.

Se nos puede olvidar cuál es el sentido profundo que tiene la Cuaresma para cada uno de nosotros. ¿Por qué es la Cuaresma? ¿Para qué es la Cuaresma? Se debe tener en cuenta que la Cuaresma no es un invento de Jesucristo, es una tradición muy antigua que vine de muy lejos, pero es un tiempo que va naciendo poco a poco en la conciencia que va teniendo la comunidad cristiana de lo que implica prepararse para la Pascua.

Los cristianos comienzan a celebrar la Pascua, comienzan a celebrar la muerte y resurrección de Cristo, y se dan cuenta que es un misterio tan grande, tan inmenso y tan intenso que requiere dos cosas: una es

prepararse muy bien y es así como los cristianos inventan, por así decirlo, la Cuaresma. Luego, asimilarlo muy bien y entonces los cristianos se inventan, por decirlo así, la Pascua.

Si ustedes suman días y semanas y todo esto, se van a dar cuenta que lo que nosotros llamamos Cuaresma no es porque sean 40 días, estrictamente hablando son un poco más de 40 días, son como 42 o 43 días, son cinco domingos seguidos de Cuaresma, $5 \times 7 = 35$, si las cuentas no salen mal, más los días previos, son 39 y si le añaden los días de Semana Santa son 43, si la matemática no falla. La Cuaresma en realidad tiene 43 días.

Pero, sí es más corta que la Pascua, porque la Pascua son, estrictamente hablando, 50 días. Fíjense ustedes que nos damos cuenta que en todo el año 94 días están dedicados a centrarse en un único misterio, en lo que sucede viernes, sábado santos y domingo de resurrección. Esa es la vivencia de sus misterios.

Por eso es un tiempo muy especial. El tiempo de Cuaresma es tiempo que nos invita a reflexionar, nos invita a pensar mucho, pero siempre dándonos cuenta que la orientación de la Cuaresma no es la Cuaresma en sí, sino que es un tiempo que prepara a otro tiempo. Eso es la Cuaresma, un tiempo que prepara a otro tiempo. Como el embarazo prepara al nacimiento, como el noviazgo prepara al matrimonio, como el entrenamiento prepara al partido, la Cuaresma es un tiempo que tiene que estar mirando a otra cosa.

¿Qué debemos de estar mirando durante la Cuaresma? ¿Qué significa que Jesucristo haya padecido, muerto y resucitado? Ahí tienen que

estar puestos nuestros ojos, porque si esto no significa mucho, si no te dice nada la muerte y resurrección de Cristo, a lo mejor la vivencia de la Cuaresma también pierde sentido, porque no comer chocolates durante 40 días o el sacrificio que cada uno quiera hacer realmente sirve de muy poco.

¿Por qué es importante esto? Porque si esto no nos dice nada, es normalmente porque ahí dentro se ha metido uno de los peores virus que se puede meter en un ser humano. Es el virus de la rutina o el virus de la mediocridad. Esos son los peores virus que se pueden meter. Ustedes lo viven por desgracia en el matrimonio. Se mete el virus de la rutina o el virus de la mediocridad. En la relación con los hijos, en las relaciones humanas, en cosas muy importantes y nos convertimos en rutinarios. La mayoría de los que estamos aquí hemos venido a trabajar y se nos hace algo normal, ¿cuántos millones hay que no tienen trabajo? ¡Son millones los que no tienen trabajo!

Esta mañana ustedes se levantaron, fueron al refri, lo abrieron y desayunaron, depende si están a dieta o no es lo que desayunaron, pero desayunaron. Ustedes tienen refri, tienen cama, tienen casa, tienen agua en la que se ducharon y eso lo podemos ver normal, como algo ya dado, cuando hay millones de personas en el mundo que no tienen nada de esto.

Cuando uno ve las noticias y se da cuenta de las tristezas y de los dolores que atravesamos de muchas maneras los seres humanos y vemos nuestra vida, nos damos cuenta cómo muchas veces en nuestra vida diaria la mediocridad y la rutina se han metido, y eso hace que cosas muy importantes dejen de ser significativas para nosotros: el

amor de alguien o la ausencia de algo deja de ser significativo. Cosas de gran valor se pueden convertir en hábitos cansados.

Y también esto nos puede pasar en nuestra relación con Dios y en nuestra relación con nuestro prójimo. Cosas de gran valor que se hacen hábitos cansados. Y eso hay que pensarlo, hay que reflexionarlo, por eso tenemos que tener la capacidad de analizarlo con mucha claridad y con mucha autenticidad. Pero, ojo, no solo las cosas importantes se nos pueden hacer habituales en la vida. ¿No se nos hará habitual también en la vida el mal que nos rodea y ya no lo percibimos?

¿Han pensado ustedes alguna vez en la rutina del mal? Es curioso, ¿no? Luego no pensamos en eso. Preparando este retiro pensaba, ¿dónde el mal es ya rutinario en mi persona? Y es normal, se hace normal. Dejen que ponga ejemplos un poco más chuscos: como la gente que habla con groserías y es algo rutinario, no saben decir la palabra adecuada, tienen que usar la grosería para poder hablar, pero ¿cuántas veces lo que se hace rutina en nosotros es ser rencorosos? Es un mal que se hace rutina en mí, se hace una rutina habitual en mí.

Cada uno, cada una de ustedes podría pensar ¿qué mal se ha hecho rutina en mí? Y al hacerse rutina pasa que ya ni lo vemos. Si yo, por naturaleza, soy criticón; si yo, por naturaleza, soy perezoso; si yo, por naturaleza o por hábito, soy así; soy superficial, soy vanidoso, soy terco... Que cada uno lo diga, todos tenemos algo de esto, ¿me he hecho rutinario con eso? Estamos hablando de una persona que ha permitido que se haga rutinariamente rencorosa y cualquier cosa que hables con esta persona salen los rencores y no se da cuenta.

¿A qué voy con esto? Voy a que la Cuaresma tiene que romper esta rutina. Sea la rutina del bien, haciéndonos valorar de nuevo las cosas que son importantes, sea la rutina del mal. La rutina del bien será la gratitud y la rutina del mal será, lo que en Cuaresma se llama, la conversión. La forma en la que se rompe la rutina del mal será la conversión. Y en la Cuaresma tenemos una serie de elementos y esta primera parte de nuestro retiro nos ayudará a romper la rutina. Es eso que yo llamaría las prioridades de la Cuaresma.

Son tres prioridades que en el fondo son tres rompedores o rompedoras de rutina. Estas prioridades están tomadas justamente del evangelio que escuchábamos al inicio de la Cuaresma. El miércoles de ceniza nosotros normalmente escuchamos el evangelio y escuchamos las tres prioridades que nos deja Jesús en ese evangelio. Si recuerdan, en el evangelio Jesús dice: cuando oren no sean como los hipócritas que les gusta orar en la plaza para que los vea la gente. Cuando tú ores, métete en lo secreto de tu cuarto y ahí habla con tu padre, que está en lo secreto y tu padre que está en lo secreto te escuchará. Y luego añade: cuando des limosna, no seas como los hipócritas que tocan la trompeta para que la gente vea que están dando gran limosna. Tú, cuando des limosna, dála de modo secreto de modo que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha. Y cuando ayunes, no seas como los hipócritas que se desfiguran la cara para que todo el mundo vea que ayunan. Tú, cuando ayunes, métete en tu cuarto, lávate la cara, perfúmate de manera que la gente no note que estás ayunando y tu padre que ve, en lo secreto te lo recompensará.

Jesús nos pone estos tres elementos: la oración, la limosna y el ayuno, como tres grandes elementos de la Cuaresma, elementos originales del judaísmo pero que nos dicen a nosotros cómo podemos vivir, cómo debemos de vivir la Cuaresma. Y cómo metiendo estos elementos en nuestra vida podemos intensificar nuestra vida espiritual.

Como tantas cosas, de pronto pensamos que la oración, la limosna y el ayuno son tres actividades que tenemos que hacer en Cuaresma, en vez de considerarlas como tres llamadas al corazón. Vivir la oración, la limosna y el ayuno significa vivir con mucha claridad y mucha intensidad las partes importantes de nosotros. El ayuno, la relación con nosotros mismos, porque el ayuno toca el sentido de supervivencia. El no comer toca el instinto de supervivencia. La limosna toca la relación con los demás. Y, obviamente, la oración toca la relación con los demás.

Vamos a caminar con estos tres elementos un poco, la oración, el ayuno y la limosna, buscando cómo nos pueden ayudar a romper rutinas en nuestra vida.

Vamos a empezar con el ayuno. Este consiste en privarse de modo prioritario, pero no exclusivo, de alimento y en nuestro caso, además el ayuno consiste en la abstinencia de carne los viernes. Casi todas las grandes religiones tienen su día específico de ayuno, no crean que somos los únicos que ayunamos. Por ejemplo, los judíos ayunan de forma especial el día de Yom Kipur. Ellos tienen 24 horas seguidas sin poder probar nada -hagan la prueba y verán qué mal se sienten, te da de todo en esas 24 horas-. Los musulmanes tienen el Ramadán y eso significa que no pueden comer ni beber nada mientras el sol está en el cielo. Entonces, si ustedes algún día están en una ciudad musulmana o

mayoritariamente musulmana, en la madrugada o cuando está rompiendo la luz, escucharán un cohete, un canto, y eso significa que comienza el Ramadán y a partir de ese momento no comen nada hasta que en la tarde vuelve a sonar el cohete o el canto desde el minarete y significa que ha terminado el ayuno, y desde ese momento hasta el día siguiente a darle, sino a ver cómo te va al término el ayuno.

Nosotros, como cristianos, tenemos otro tipo de ayuno, es comunitario y tiene dos días: uno es el miércoles de ceniza y otro es el viernes santo. Normalmente, nuestro ayuno comunitario como comunidad cristiana consiste fundamentalmente -porque hay muchas formas de hacerlo-, en tener un desayuno muy leve, una comida normal y una cena leve. Una sola comida fuerte al día, que no se vale que esa comida fuerte empiece a las 8:00 de la mañana y acabe a las 8:00 de la noche, digo, para que quede claro lo de la única comida fuerte al día.

Ahora bien, el ayuno normalmente está tocando algo más importante que eso. El ayuno toca algo más esencial, como es el anhelo de alimento. Cuando uno ayuna siente hambre. Yo creo que ninguno de los que estamos aquí en nuestra vida hemos sentido hambre, apetito sí, ese agujerillo en el estómago que dice: ¡échate un dulce o unas nueces!, o una cosa así, pero hambre como tal, no. De lo cual hay que dar gracias a Dios, pero el ayuno toca ese anhelo de alimento que es el anhelo fundamental del ser humano y es para que ese anhelo de alimento nos haga una pregunta: ¿Qué anhelas en tu vida? ¿Qué es lo que tú estás anhelando en tu vida?

Cuando uno ayuna, la finalidad del ayuno no es solamente no comer, es una llamada al corazón. ¿Qué anhelo yo en mi vida? No puede ser

algo formal, en el fondo es una pregunta que analiza ¿dónde están puestas tus seguridades? Y el hecho de no tener la seguridad del alimento -ustedes y yo tenemos la seguridad del alimento-, el decir, mi cuerpo me pide alimento y no se lo doy, el cuerpo no sabe eso, no tiene la seguridad de que no vaya a comer después. Esa inseguridad física yo debo hacerla espiritual y decir: ¿Dónde están mis seguridades puestas? ¿Cuáles son mis seguridades?

El ayuno, por lo tanto, nos hace reflexionar en esa relación que yo como persona tengo con Dios con las prioridades de la vida, la relación con los bienes materiales, ¿me mandan a mí o yo los mando a ellos? Podemos ser a veces un poco como los alcohólicos o los adictos al tabaco quienes dicen: “yo dejo de fumar cuando yo quiera”, “Sí, sí, sí; ya, ya, ya”, dejas de fumar cuando tú quieras, pero cuesta mucho. Realmente, el ayuno nos tendría que invitar a reflexionar muy seriamente sobre esto, sobre mi orientación de vida, mis prioridades, mi relación con los bienes materiales. ¿Cómo voy ahí?

El segundo elemento es la limosna. La limosna nos abre a una pregunta distinta, nos abre a la pregunta -como les comentaba ante- de nuestra relación con el otro. ¿Cómo estamos nosotros con los demás y con el otro necesitado?

La palabra limosna es una palabra que viene del griego y que en el fondo es una palabra que habla de la misericordia. Es el acto de tener misericordia con alguien, eso es lo que significa la palabra limosna. ¿Cómo es mi relación con los demás? ¿Qué doy yo a los demás? ¿Les doy lo que me sobra, como dice la canción: el tiempo que te queda libre, si te queda libre dedícalo a mí? ¿Funciono yo de esa manera? ¿Cómo

es mi relación con los demás? ¿Qué les doy? ¿Les doy lo que me sobra, lo que necesitan, lo que me cuesta?

Cuántas veces podemos nosotros ser personas que en nuestra relación con los demás les damos, literalmente, lo que nos sobra, y no hablo de dinero, me sobran dos pesos y te los doy. Hablo de mi tiempo, de mis cualidades, de mi temperamento, de mi comodidad, de mis espacios. ¿Qué doy yo a los demás? ¿Doy lo que me sobra? ¿Qué das a tu esposa, a tus hijos, a tus amigos, a tus hermanos, a las personas que acuden a ti? ¿Les das solo lo que te sobra? Esto es una primera llamada de la limosna. ¿Qué doy?

La limosna da una segunda llamada y la segunda llamada de la limosna es: ¿lo que doy, lo doy gratis o cobro? A veces pasa en esta Universidad que llega alguien y dice: “oiga, padre, a ver si me puede hacer un favor por tal necesidad”, y cuando se va dar cuenta que le vas a decir que no te dice: “porque yo he dado un donativo para becas”, ¿es donativo de donar o me pagaste para que cuando hiciese falta hubiera una retribución? Porque si yo te doy algo y luego te lo cobro, se aplica el famoso refrán mexicano: “el que da y quita con el diablo se desquita”, ¿por qué no se aplica el refrán español: “Santa Rita, Rita, Rita, lo que se da no se quita”? ¿Cuándo tú das, das esperando recibir a cambio? ¿Cuánta gratuidad hay en tu vida, en tu vida de limosna de lo que tú das?

Hay cosas que, obviamente, son de contraprestación. La frase mexicana típica cuando llegas a un sitio: “me regala una Coca”, todos entendemos que no te van regalar la Coca, es obvio. En España si

dices: “me regala una Coca”, pues te dicen que no. Cuándo yo doy, doy gratis, esa es la gratuidad de quien no espera recibir nada a cambio.

El Papa Francisco hablando sobre esto dice: “la sociedad actual se ha olvidado de la limosna, porque con frecuencia la gratuidad no es parte de la vida diaria. Todo se vende y todo se compra. Todo es cálculo y medida”, eso es un elemento muy importante. Mi relación con las personas importantes para mí, ¿es gratis o paso facturas?

El otro día platicaba con una persona y le decía: “oye, es que esta persona que te ayuda en esto está muy bien que te ayude, pero luego te hace unos cobros emocionales espectaculares”, y el otro decía: “bueno, es un precio que estoy dispuesto a pagar”. ¿Cuánta gente es etiquetada como generosa cuando simplemente es compra-venta? Te doy y te cobro. Y hay una última cosa, la limosna también nos hace perder el miedo en nuestra relación con los demás, porque si yo te doy con miedo de que no me lo regreses, la relación ya está torcida, porque entonces no te doy, no sea que ya no me lo vayas a regresar. La limosna no dice da gratis. Estos elementos que les he comentado: dar lo que necesito, dar gratis y dar sin miedo rompen la rutina de nuestra relación con los demás.

El tercer elemento que es la oración. La oración nos cuestiona sobre nuestra relación con Dios, es decir, si se ha metido la rutina o el anquilosamiento en nuestra relación con Dios o si ha crecido en experiencia y cercanía a un Dios en el que nosotros podemos confiar. Cuando yo sea invitado a la oración, soy invitado a una relación y a veces esa entrada a esa relación puede no gustarnos. Cuando de pronto te da flojera ir a misa, te da flojera hacer oración o te da flojera

leer la palabra de Dios o te da flojera dedicar un tiempo específico a Dios.

No me refiero a que a veces en la vida hay etapas en las que a lo mejor los niños, la familia, mil cosas te atorán, esas son etapas de la vida, pero cuando teniendo el tiempo te da flojera, algo no está bien. A veces pienso mucho en nuestros jóvenes de la Universidad y en general, ¿por qué no van a misa el domingo? “Es que me aburre la misa”, sí, es posible no digo que no, hay padrecitos que duermen hasta a las bancas de la iglesia y nada más porque las bancas no pueden salir corriendo, sino saldrían corriendo de la iglesia, pero ese no es el punto.

El punto es ¿cómo me va a atraer una vida en la que tengo que entrar en mi interior, reflexionar, examinarme, tener una relación de tipo espiritual cuando el fin de semana hago todo lo contrario? Lo he dedicado al ruido, al humo, al alcohol, a lo mejor a la sexualidad desordenada, a estar constantemente fuera de mí, a la desvelada. Con todo eso encima, ¿crees que la misa te puede resultar no aburrida? Pero no es que la misa sea aburrida, es que tú estás desfondado humana, física y psicológicamente hablando. ¿A cuántos jóvenes ves el domingo arrastrando la cobija?

Unos niveles de vida apartan de la posibilidad de lo espiritual mientras que otros estilos de vida acercan a la posibilidad espiritual. Es algo que pasa también en nuestras relaciones humanas, si yo tengo un estilo de vida contrario a la posibilidad de relacionarme contigo, pues se me hará súper aburrido siempre, lógico. La oración de pronto es un rompedor, ¿cómo va tu oración? En el fondo es ¿cómo va tu relación con Dios? ¿Qué capacidad has generado de relacionarte con Dios?

La oración también nos recuerda algo muy importante que en el combate contra el mal solos nada podemos. La relación con Dios en la Cuaresma pone delante de nuestros ojos las situaciones que no están tan bien en nuestra vida y que todos sabemos, todos tenemos algo que no está bien en nuestra vida. Decir que yo soy perfecto, que tú eres perfecta, es ilógico y ¿cuántas veces nos damos cuenta de que no terminamos de romper con ciertas cosas en nuestra vida?

La oración no dice: “¿no te das cuenta de que solo tú no puedes?”. La oración es un momento también en el cual debo encontrar yo el amor de Dios y es que, ¿cómo vas a descubrir que Dios te ama si nunca estás con él? ¿George Clooney está enamorado de alguna de ustedes? No creo, verdad. ¿Angelina Jolie está enamorada de alguno de ustedes? Es por una razón, porque no los conocen, si los conocieran, pues... ¿Dios está enamorado de ustedes? La respuesta ahí es sí. La pregunta es si yo estoy enamorado de Dios y entonces habría que aplicar lo mismo para Angelina y George. A lo mejor no estamos enamorados de Dios porque no lo conocemos, si lo conociéramos sería otra cosa, y ¿cómo lo voy a conocer si no lo trato? ¿Cómo lo voy a conocer si no estoy con él? ¿Cómo lo voy a conocer si no me relaciono con él? ¿Cómo voy a darme cuenta de que Dios es fiel y siempre rico en bondad y misericordia y que está siempre dispuesto a perdonar y empezar de nuevo, que es siempre mi amigo si nunca estoy con él?

Vamos a detenernos un momento aquí y durante un minuto, de una forma muy sencilla, cada uno, cada una de ustedes hágase unas preguntas interiores, por ejemplo: ¿qué sentido tiene para mí la Cuaresma? ¿Está la rutina metida en mi vida? ¿En dónde? ¿Cómo voy

con esto del ayuno, la oración y la limosna? Vamos a dejar un minuto para reflexionar sobre lo que más les ayude de eso y quizá aquí, contemplando aquí la imagen de Cristo Señor Nuestro, la imagen de Nuestra Señora, quizá puedan ayudarnos a centrarnos, pero lo importante es la respuesta, el diálogo que yo vaya generando dentro de mi corazón.

Sin duda que esta reflexión se podría prologar mucho rato y a lo mejor después cada uno, cada una de ustedes puede continuar en su reflexión personal. Si rompo la rutina con estos tres rompedores, vamos a llamarlo así, con la limosna, la oración y el ayuno, entonces puedo encontrar con mayor claridad cuál es el sentido de la Cuaresma para mi vida, cuál es el sentido de la Cuaresma en mi persona.

Hay un punto de partida por el cual muchas veces la Cuaresma puede costar un poco, un punto de partida por el cual podemos decir por qué la cuaresma es importante. Este punto de partida tiene que ver un poco con cómo empieza la Cuaresma desde el punto de vista litúrgico. Les comentaba al inicio que la Cuaresma tiene cinco domingos y lo que voy a hacer justamente es tomar la esencia de cada uno de estos cinco domingos en nuestras siguientes reflexiones, pero si ustedes se acuerdan, el primer domingo de Cuaresma, el domingo que sigue al miércoles de ceniza, cada año, es el mismo evangelio.

Hay muy pocos domingos donde el evangelio es el mismo y en este caso, el primer domingo de Cuaresma el evangelio es el evangelio de las tentaciones. El segundo domingo de Cuaresma también es siempre el mismo evangelio, es el domingo de la transfiguración. Los otros tres

varían un poquito, pero esos dos son siempre los mismos, por algo será, algo querrá decir.

¿Por qué el evangelio de la tentación al inicio de la Cuaresma? Porque es imposible entender la Cuaresma, la preparación para la Pascua, sin entender una gran realidad: que es la presencia del mal a nuestro alrededor o, a veces, en nuestro corazón. A veces ese es el punto, la presencia del mal a veces en nuestro alrededor y a veces en nuestro corazón. Hoy en día nos cuesta mucho usar la palabra pecado. Lo decimos en la misa: he pecado mucho, pero si a ti te dijeran que eres un pecador, fuera de que fuese broma, o eres una pecadora, como que suena un poco extraño.

Decir “he cometido pecado”, quiere decir que tengo faltas, que tengo errores, que tengo fallas, pero es una expresión que se nos hace muy dura. “He cometido pecado” es una dura expresión, pero ¿por qué se nos hace dura esa expresión? Posiblemente porque la palabra pecado habla de una relación con alguien que está fracturada. Si yo digo que he cometido un fallo, normalmente he sido yo quien ha cometido el fallo. La palabra pecado está ligada a esa frase del evangelio: “he pecado contra el cielo y contra ti”, el pecado no es algo que uno tiene, es algo que uno proyecta, por así decir. Podemos poner tantos ejemplos de cuando uno comete cualquier pecado, no solo tiene un fallo, sino que rompe una relación, eso es pecado. Lástima una relación con Dios, eso es un pecado.

Pero como nuestra relación con Dios a veces es tan floja, la palabra pecado puede tener muy poco sentido. Sin embargo, es muy interesante cómo en el domingo de la tentación ante el mal, ante ese constante

esfuerzo del demonio por apartar a ese Jesús de Nazaret de su relación con Dios, las tres tentaciones en el fondo buscan apartar a este ser humano que ve el demonio de su relación con Dios. Eso busca el demonio.

Cada una de las tentaciones de alguna manera presenta esto: “hazme caso a mí en vez de hacerle caso a Dios”. Esa es en el fondo la gran tentación porque la tentación del principio de Adán y Eva: “háganme caso a mí en vez de hacerle caso a Dios” es la gran tentación.

Y, sin embargo, así como el demonio busca eso, es precioso encontrar cómo Jesús, el hijo de Dios, hace todo lo contrario. Su gran tarea en las tentaciones es oponerme al mal. Ante las palabras que dirige el tentador, Jesús siempre hace lo mismo, se opone al mal, eso lo hace Jesús. En la del pan, en la de los reinos de la tierra, en la del templo, en las tres tentaciones Jesús se opone al mal.

Entonces, nos damos cuenta de que la Cuaresma tiene que partir de esta constatación, de que existe un mal que intenta apartarme de Dios y que existe un Dios que intenta apartarme del mal, que intenta sacarme del mal, que intenta quitar el mal, que intenta librarme del mal. Esa es la lucha con la que cada vez, cada año, se nos abre la Cuaresma. Justamente, las tentaciones de Cristo nos enseñan un poquito cuál es el sentido de este tiempo. Las tres tentaciones, acuérdense, la tentación del pan, transforma estas piedras en pan y Jesús dice: “no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. Luego, el demonio lo lleva a lo alto del templo de Jerusalén y le dice arrójate de ahí abajo con la finalidad de que todo el mundo quede admirado de que Jesús se ha arrojado al suelo y no le ha pasado nada,

y de esa manera sea reconocido como Mesías. La tercera tentación, así llamada de los reinos de la tierra, consiste en que el demonio le pone delante los reinos de la tierra y dice: “todo esto te daré si postrándote me adoras”.

La mayoría de nosotros está tentado por algo que está contenido en esas tres tentaciones. En la primera tentación está la tentación del materialismo, lo importante es lo material no lo espiritual, esa es la primera tentación. La segunda tentación, que es la tentación del provecho propio, es decir, sacar y hacer lo que sea para provecho propio, incluso si es necesario manipular la religión, la relación con Dios para provecho propio, esa es la tentación del templo. La tentación del templo no es una muestra de acrobacia de “tírate y cae”, o sea, no tiene que ver con eso, tiene que ver con usar la religión, usar el ámbito religioso para tu provecho. La tercera tentación es el ansia de dominio, de lo que nos rodea sin importar el precio que haya que pagar.

En el evangelio, el precio para ser el dueño de la tierra es adorar a Satanás en el evangelio. ¿Estás dispuesto a pagar ese precio? Eso suena muy duro, pero ¿cuántos precios se nos ponen en la vida para conseguir el dominio? A veces no es adorar a Satanás, no es poner una imagen del demonio y ponernos así, no, pero puede ser romper nuestra conciencia, puede ser llamar bien al mal, y hay muchas formas de hacer eso en la vida. Son tres tentaciones que todos tenemos: la tentación del materialismo, del provecho propio y del dominio de lo que nos rodea.

Ahora bien, esa presencia del mal en nuestra vida tiene dos matices muy especiales. El primero es la enseñanza que Cristo nos deja y es que yo, Cristo, siempre venzo al mal, el mal no tiene la última palabra

sobre mi vida. La palabra del demonio es “que la piedra se haga pan”, esa es la palabra del mal. Y la palabra de Jesús es “no solo de pan vive el hombre”. Quien tiene la última palabra siempre es Jesús. Lean el evangelio y verán que la última palabra es como ustedes, señoras, siempre tienen la última palabra. La última palabra la tiene aquí Jesús. El mal no tiene la última palabra sobre mi vida. Esto no es simplemente una bonita reflexión espiritual, porque tú te podrías preguntar: ¿qué mal está teniendo alguna palabra sobre mi vida hoy? Un mal en mi matrimonio, un mal en mi relación con alguien, un mal en mi trabajo, un mal en mi persona, un mal en mis sentimientos y decirme “este mal que hoy experimento, este mal con el que yo me levanto, este mal con el que yo me acuesto, no tiene la última palabra sobre mi vida. La última palabra la tiene Jesucristo”.

Y en ese sentido, darme cuenta de que, si él tiene la última palabra, con el saldré victorioso de la batalla. A veces tardaré más, a veces tardaré menos, pero saber que este mal que hoy me ataca, me muerde, me lastima, me molesta, con Cristo saldré victorioso de este mal. Cristo tiene una fuerza mucho mayor, tiene la fuerza del amigo fiel que nunca nos abandona, esa es la fuerza de Jesús aun cuando yo lo abandone, aun cuando haya momentos de la vida en que, por x, y o z yo abandone a Cristo o parezca que abandone a Cristo, aún ahí él tiene la última palabra y él me saca victorioso de ahí porque él es capaz de esperar más de lo que yo pienso que es capaz de esperar.

Hay un signo muy sencillito que a veces se nos olvida, déjenme que se los cuente. El otro día estaba celebrando una misa en una iglesia, una misa de una comunidad parroquial y en un lado había un confesionario

y en el otro lado había otro confesionario, y en ambos confesionarios había ambos padres ahí durante la misa. Cuando yo llegué a misa ya estaban ellos confesando y durante toda la misa confesaron, hasta el padre nuestro que me ayudaron a dar la comunión que fue que se levantaron del confesionario. Terminó la misa y volvieron a sentarse en el confesionario. Durante la hora que más o menos yo estuve ahí no se paró ni una mosca, no hubo nadie que se acercara al confesionario a confesarse y pensé, qué aburrimiento, qué tiempo perdido de estos dos padrecitos. Esa era la tentación del demonio, luego el angelito me dijo: “son un símbolo de que, aunque tú no vayas, Dios está ahí esperando”, y eso que a mí, humanamente hablando, se me hace aburrido; el padre ahí sentado, leyendo o con los teléfonos está más entretenido, no sé cómo ustedes lo quieran ver, pero es un símbolo.

Cuando el sacerdote confiesa, es símbolo de Dios perdonando; cuando está sentado en el confesionario, es símbolo de Dios que espera que venga el pecador. Eso tampoco significa que, como es símbolo de Dios que espera, pues que esté ahí. Obviamente no va por ahí, pero es muy interesante verlo así: “Dios que me espera, Dios que está ahí sin nada mejor que hacer que esperarme y en esperarme, me manifiesta su voluntad de perdonar”.

Ahora bien, ¿quién es este Cristo vencedor? Y es muy importante esto. Es el segundo domingo, el de la transfiguración. Si recuerdan ustedes, Jesús sube a un monte alto, dice el evangelio que se transfiguró delante de ellos y lo que parece ser, lo que significa esta transfiguración, es que él permite que los apóstoles vean en su humanidad la presencia de su divinidad, es decir, que lo reconozcan como Dios y eso es en previsión

de la pasión, en previsión de la cruz. La transfiguración es un momento en el cual Jesús se presenta como Dios ante sus apóstoles, luego no lo volvemos a ver así hasta la resurrección. ¿Por qué hace esto Jesús? Porque lo que nos tiene que decir Jesús es que, si él es capaz de todo por mí, es porque es Dios mismo. No es un profeta, no es un iluminado, Jesús no es como Sócrates, no es un filósofo, Jesús no es como Buda o como Martin Luther King o como Gandhi o como quien sea, la diferencia es que Jesús es Dios y por eso puede vencer el mal.

Gandhi, con todos sus rollos y todas las frases que Wikipedia dice que ha dicho o que Google dice que ha dicho, no pudo impedir la guerra civil entre Pakistán y la India y los miles de muertos que eso generó. Martin Luther King no pudo impedir el racismo en Estados Unidos. Sócrates no pudo impedir que lo matasen con la cicuta y que Grecia pasase olímpicamente de él. Jesucristo es Dios, él sí puede vencer el mal, ningún otro puede vencer el mal. El budismo de Buda lo único que lleva es a que no haya mal en mi vida y por eso voy apartando todo, para que no haya mal en mi vida. Jesucristo toma el mal, lo abraza, lo perdona, lo redime y lo hace elemento de santidad. Pregúntate: ¿Jesucristo es Dios para ti? ¿Realmente es cierto eso que decimos en el credo de que Dios es Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero? Porque si no es Dios, Jesús para ti simplemente no es más fuerte que el mal. El mal tiene la victoria.

¿Por qué es importante la experiencia de la transfiguración? No para decirnos qué grande es este cuate, es para decirnos ¡con él sí puedo, en él sí puedo poner mi vida! En cualquier ser humano que ustedes quieran, el mejor del mundo, el más simpático e inteligente siempre nos

decepcionará. ¿No han tenido nunca una decepción con su marido o su mujer? Por supuesto que sí, y mira que son buenas personas para aguantarlos a ustedes. ¿Nunca han tenido una decepción? ¿Verdad que sí? Con sus hijos, ¿verdad que sí? Con cualquier persona a la que ustedes más admiran, ¿verdad que sí? Claro que decepcionan, como tú decepcionas, como yo decepciono, como todos decepcionamos, porque somos seres humanos. El único que no decepciona es Jesucristo, porque como es Dios, él es más fuerte que el mal y como es Dios, él puede sacar el bien del mal.

Ustedes y yo seguimos a Dios mismo y eso tiene que llenar la vida de certeza en sus diversas circunstancias. Una pausa, igual que hicimos antes, en la que yo te invito a que toques dos realidades. Primero, intenta tocar la tentación y el mal que hay en tu vida hoy, esa que solo tú sabes, esa que solo tú descubres. ¿Cuál es tu tentación hoy? ¿Cuál es tu mal hoy? Y eso, ante eso, en este ratito vuelve a elegir a Jesús como transfigurado, como aquel que sostiene tu vida. Vamos a hacer este ejercicio sencillo en el corazón de cada uno de nosotros.

¿Cómo Jesús hace esto en mi vida? ¿Qué me ofrece Jesús para que efectivamente él sea, decíamos hace un instante, el que sostiene mi vida? Y aquí yo quiero usar ahorita, en este ratito, los siguientes tres domingos de Cuaresma. Como hemos visto, el primer domingo las tentaciones; el segundo domingo la transfiguración; los tres domingos de Cuaresma, de los cuales ya han pasado dos y viene uno que es este.

Estos tres domingos de Cuaresma, por lo menos en el año en que nosotros estamos, están centrados en tres grandes símbolos, en tres grandes elementos que Jesús nos regala, por decirlo de alguna manera.

El tercer domingo de Cuaresma Jesús nos regalaba el evangelio de la samaritana, es decir, Jesús es el agua de la vida. El pasado domingo, este que acaba de transcurrir, era el evangelio, si ustedes se acuerdan, el evangelio del ciego de nacimiento. Jesús es la luz del mundo y este domingo que viene es el evangelio de la resurrección de Lázaro. Jesús es la vida, Jesús es el agua, Jesús es la luz y Jesús es la vida, y el siguiente será ramos.

Estos tres grandes evangelios son como tres escalones que nos van ayudando a descubrir la maravilla de tener a Jesucristo en nuestra vida. Son, en cierto sentido, como tres momentos en los cuales también nos vamos adentrando cada vez más en la persona de Cristo.

El primer evangelio, el de la samaritana, está dirigido, por así decir, a una situación de lejanía de Dios. No olvidemos que la samaritana tenía en la mentalidad judía de la época dos grandes inconvenientes: uno, no era judía y dos, era mujer, y estos dos elementos la hacían símbolo del apartamiento y Jesús habla con una mujer que es samaritana. De hecho, es la pregunta que la samaritana le hace a Jesús cuando Jesús le dice: “dame de beber” y la samaritana le responde: “¿cómo me pides tú de beber siendo yo samaritana?” Porque la samaritana se da cuenta que el hombre que le está hablando es un rabino judío, es un maestro judío.

El segundo, el del ciego, Jesús está hablando con quien ya conoce más el misterio de Dios, con quien ya conoce a Dios, con quien está más cerca del misterio de Dios, pero todavía no conoce a Jesucristo. Y el tercero, el de Lázaro, es el evangelio del amigo que muere, del amigo que es arrebatado por la muerte y, justamente, a ese amigo que es

arrebatado por la muerte Jesucristo le da la vida, es el más cercano, porque es el amigo. El ciego no es un amigo, la samaritana no es una amiga, Lázaro sí lo es.

Entonces aquí hay un progreso que puede ayudarnos a nosotros también a hacer una pequeña experiencia espiritual en este ritmo. La primera oferta que te hace Jesús, que nos hace Jesús, es saciar nuestra sed. Él es el agua viva, él se ofrece. Primero dice: “dame de beber” y luego le dice: “si tú conocieras el don de Dios, yo te daría agua a ti y esa agua se convertiría en ti en fuente que salte hasta la vida eterna”. Tú encontrarías el agua, el agua es vida, no olvidemos que en todas las culturas, el agua es vida, el agua es la señal de la vida y la falta de vida es la muerte.

En nosotros posiblemente haya muchos lugares muertos. ¿Dónde no hay agua en mi vida? ¿Desiertos, lugares resacos por la decepción, por el fracaso, por el pecado, por una mala experiencia? ¿Cuál es tu desierto, cuál es mi desierto el día de hoy? ¿Dónde no tengo agua? ¿Dónde estoy reseco, dónde estoy reseca? ¿Dónde me falta el agua de Dios?

Porque el agua, el agua que da Dios, es un agua muy especial que es el agua que le da a la samaritana. Es el agua del sentido de la vida y si ustedes leen el diálogo de Jesús con la samaritana, se van dando cuenta cómo Jesús va dando sentido a toda la vida de esta mujer. La mujer comienza hablando de altas teologías y Jesús al final entra a la vida personal de esta señora cuando le dice: “llama a tu marido”, es decir, llama a aquel que amas y ella le dice: “no tengo marido”, entonces Jesús le responde: “en eso has dicho verdad, porque has tenido cinco

y el de ahora no lo es". Cinco más uno es igual a seis, pero el número es un número imperfecto; en la Biblia, el seis es el número imperfecto, por eso el llamado anticristo es la suma de la anti-perfección que será tres veces seis. El seis es siempre un número imperfecto. El número perfecto es el siete y la pregunta es ¿quién es el séptimo marido? Creo que está claro, ¿no?

Ella le hace ver quién es el séptimo marido, es decir, quién da sentido a su vida. Esa es el agua, el agua que ustedes y yo necesitamos no es la que está en las botellas, es el agua del sentido de la vida. Esa agua es la única que puede saciar nuestro corazón. Cuando tenemos sentido, cuando descubrimos los para qué y cuando descubrimos que los para qué, no hay un elemento de racionalidad, siempre hay un elemento de un séptimo marido, de amor.

Por eso, el agua se nos derrama, se nos da derramándose para que nosotros también descubramos el amor. En el bautismo, esa ceremonia tan sencilla que hemos visto miles de veces, ¿qué dicen los niños? ¿Qué le va a hacer el padre a mi hermanito? Le va echar agua, es cierto, pero realmente lo que vamos hacer a ese niño es derramarle el agua del amor de Dios para que siempre en su vida, en cualquier desierto que atraviese, sepa que tiene el agua del amor de Dios, el sentido del amor de Dios.

Este don de Dios permite al hombre sacar agua de la fuente de Dios en cualquier situación en la que se encuentre y nunca más tener sed, ¿qué te dice a ti el agua? Primera oferta.

Segunda oferta. Jesús es la luz de la vida, el ser humano necesita de la luz; la oscuridad es señal de depresión, de abandono, de fracaso. Mientras que la luz es señal de felicidad, de posibilidad, de ver a los demás, de logros en la vida, ¿qué dice uno cuando está deprimido? No quiero ver a nadie, no quiero luz, y cuando te acercas a una persona que está triste, ¿por qué estás aquí a oscuras? Ven. Es muy simbólico.

Jesús da la luz y nos enseña que, aunque nosotros tengamos un conocimiento suficiente de Dios, aunque tengamos un conocimiento de la vida, si no lo tenemos a él no tenemos luz. Sobre todo, lo que el ser humano siempre necesita es la luz interior para poder guiar sus pasos y esto es lo maravilloso del evangelio del ciego de nacimiento, que es un evangelio donde se nos va guiando desde la ceguera física de ciego, a la visión física del ciego, a la visión espiritual del ciego.

Acuérdense que lo primero que hace Jesús es curarle de su ceguera física, pero él no sabe quién es Jesús y le preguntan: “¿quién te ha curado?” pero es ciego, entonces no sabe quién lo ha curado, luego Jesús se le acerca y le habla de la luz: “¿sabes quién es?”, luego el ciego va con los fariseos y les dice: “es Jesús el que me curó”, y en esa discusión el ciego pasa de esa ceguera espiritual de los fariseos a la visión espiritual de Cristo. Cuando se acerca Cristo a él, porque lo habían expulsado de la sinagoga, y le dice: “¿crees en el hijo del hombre?”, él le dice: “dime quién es para que yo crea en él”, y él responde: “aquel que te está hablando”. ¿Recuerdan el domingo pasado? Aquel que te está hablando, aquel que tú estás viendo, y él se hinca y dice: “creo, Señor”, y lo adora.

Eso romper nuestras cegueras, que no son físicas, son cegueras espirituales. Romper la ceguera del endurecimiento de nuestro corazón, romper la ceguera del miedo, romper la ceguera de la indiferencia, romper la ceguera del miedo al juicio de los demás. Todos son ciegos en ese evangelio, menos el ciego. El único no ciego es el ciego. ¿Cuántas veces podemos ser ciegos y no darnos cuenta que nuestra vida debe dejarse iluminar por el amor de Cristo experimentando la alegría de ser liberado de lo que amenaza su realización? ¿Cristo es mi luz? ¿Cristo ilumina mis cegueras? ¿Cuáles son mis cegueras?

Tercera oferta: Jesús me da la vida verdadera. Aquí hay una cosa muy importante que tiene que ver un poquito con lo que les decía antes de la transfiguración, ¿de qué me serviría que Cristo me diese agua y luz si no me puede defender de la muerte? De qué me serviría, ¿no? Es la muerte, la situación de la vida, paradójicamente, en la que más nos preguntamos para qué es esto, para qué es lo otro.

¿No es la muerte la situación de la vida que más nos golpea y nos confronta? ¿No es la pérdida de un ser querido lo que más nos rompe? Porque no hay respuesta. Es un golpe y por mucho que queramos, al fin y al cabo, en teoría ninguna muerte tiene sentido. El domingo pasado falleció una señora de 93 años y nosotros nos consolamos diciendo: “ya descansó”, ¿Qué significa eso? Pero ese mismo domingo falleció un jovencito de cáncer de 15 años y ahí qué dices, ¿ya descansó? No funciona eso, como en el otro tampoco funciona.

La muerte representa para nosotros un muro que nos impide ver más allá y, sin embargo, ese muro que nos impide ver más allá no deja que nuestro corazón se proyecte todavía más allá de ese muro. Hay un

anhelo de eternidad, hay símbolos de eternidad. ¿Por qué enterramos a nuestros muertos? ¿Por qué conservamos sus cenizas? ¿Por qué cada año vamos a poner flores o velas a sus tumbas? ¿Por qué? Porque de alguna manera intuimos que hay algo más y esto, para nuestra cultura racional, golpea.

Llega una prima que no cree en nada, pero todos los domingos pasea hasta el cementerio de mi ciudad donde está enterrada su madre y se sienta un rato en la tumba de su madre y yo le digo: “¿a qué vas, si tú no crees en nada? ¿A qué vas a la tumba de la tía?”, y ella responde: “pues no sé, voy. Hay algo ahí”.

En la resurrección de Lázaro, Jesús le dice a Martha, hermana de Lázaro: “tu hermano resucitará” y ella responde: “sé que resucitará en la resurrección del último día”, y Jesús replica: “yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto vivirá”. Cristo derrumba ese muro en su persona. La oferta de Cristo es “yo rompo la muerte en mí” y para romper la muerte en mí, yo muero, pero para romper la muerte en mí, yo resucito.

La resurrección de Lázaro es el símbolo para nosotros, es como la certeza para nosotros de que Jesús rompe la muerte y lo hace por amor, de que su promesa de agua y de luz es algo cierto, es algo verdadero, porque el amor de Jesús es más fuerte que la muerte.

La victoria de Cristo sobre la muerte física de su amigo hace referencia a otra muerte que le supuso a Cristo la lucha más dura, incluso el precio de la cruz. Se trata de muerte espiritual del pecado que amenaza siempre con arruinar la muerte de ser humano. Cristo muere para

sobrevivir esta amenaza y su resurrección es la apertura de una nueva realidad que es la vida en Dios, y Cristo viene a decirte: “yo rompo la muerte, mi amor por ti rompe la muerte, como mi amor por Lázaro rompe la muerte”.

Yo los quisiera invitar a que se queden un momento en silencio reflexionando ¿cuál es el don de agua de Cristo para mí? ¿Cuál es el don de luz de Cristo para mí? ¿Cuál es el don de vida de Cristo para mí? ¿Cuál es el don de amor de Cristo para mí?

Vamos a quedarnos con esto. Si les ayuda esta reflexión, yo les invito a que este ratito de oración, de meditación, ojalá confirmen en el corazón de cada uno de nosotros la importancia que tiene la Cuaresma. La Cuaresma es para mirar a Cristo, no es para mirar sacrificios y que en la misa cuando esté Cristo aquí presente nos ayude a ese mal que él rompe, a ese bien que él siembra, a esos dones con los que él llena nuestra vida.

--ooOoo--